tados psicológicos, constituye un enigma indescifrable que resiste á toda explicación. Este sentimiento es, por otra parte, real y concreto y el más universal de nuestro ser, puesto que le encontramos en el fondo de todos los fenómenos, y también el más cierto, por incluir la condición necesaria de toda certeza subjetiva y objetiva.

Las dudas y perplejidades no disimuladas en casi todos los fenomenistas, cuando nos hablan de la unidad de la conciencia, demuestran que se hallan enfrente de lo inexplicable. D. Hume y Stuart Mill tuvieron la ingenuidad de confesar su impotencia para dar una solución satisfactoria. Después de haber puesto el primero los fundamentos del fenomenismo sensacionista, y suprimido todo principio real de unidad entre las imágenes, reconoce sinceramente que no puede establecer sólidamente sus principios. «Si nuestras percepciones, dice, fuesen inherentes á alguna cosa simple é individual, ó si el espíritu percibiese entre ellas alguna conexión real, el caso no presentaría dificultad alguna. Cuanto á mí, añade, me acojo al privilegio del escéptico, y confieso que la dificultad es demasiado grande para mi entendimiento». Stuart Mill reconocía también los absurdos que resultaban de haber suprimido todo principio real de unidad en las sensaciones. «Si concebimos, escribe en *La filosofía de Hamilton*, el espíritu como una serie de sentimientos, no nos queda más solución que la alternativa, ó de *creer que el espíritu, el yo, es algo distinto de la serie de sentimientos*, ó bien admitir la paradoja de que una cosa que, *por hipótesis*, no es más que una serie de sentimientos, puede conocerse á sí misma en cuanto serie». H. Spencer admite la existencia de este principio como cierto, aunque *incognoscible;* según él, no se le puede negar sin caer en el escepticismo. «Es rigurosamente imposible, dice, concebir que nuestro conocimiento no tenga por objeto más que apariencias, sin concebir al mismo tiempo una realidad, de la cual estas apariencias sean representaciones».

Reconocemos de buen grado lo que hay de ingenioso y fundado en las leyes de asociación; éstas ayudan á percibir mejor cómo se originan, se suceden unas á otras y coordinan las imágenes, pero no son aquellas más que descriptivas; nos manifiestan el modo de realizarse los hechos, pero sin explicarlos. Se necesita admitir algo real y concreto fuera de la «serie de sentimientos» y de sus leyes; porque aquéllos no pueden explicarse por sí mismos, y las leyes no tienen realidad ninguna distinta de la serie; separada del fenómeno, la ley es un puro concepto. Decir, pues, que nuestro sér psíquico se halla esencialmente constituído por una agrupación de «pequeñas conciencias» formando serie y enlazadas como «los eslabones de una cadena», ó á manera de «un collar de perlas», ó que se enchufan unas en otras «como los tubos de un anteojo», es, además de ridículo, no explicar nada, y pagarse de metáforas y palabras.

«Yo les pregunto en vano (á los fenomenis-

tas), dice Maisonneuve, que justifiquen la unidad, independencia y la identidad que fatalmente atribuímos á nuestro yo. La mayor parte de estas impresiones forma una serie: Wundt sostiene que todas ellas son sucesivas; y en este caso, ¿cómo tendré yo conciencia de ellas? Cuando la impresión presente aparece, la precedente ha desaparecido, ¿cómo y por quién es aquélla percibida? Una serie que se conoce á sí misma es un concepto contradictorio. ¿Serán simultáneas las impresiones? La dificultad es la misma; porque siendo distintas y separadas, la una no siendo la otra, no puede tener conciencia de ella. ¿Queréis que sean solamente yuxtapuestas? Sea. Pero entonces, si la coincidencia es parcial, la conciencia no será más que parcial; y si es total, las sensaciones se confunden, lo que es contrario á la evidencia. Es necesario, pues, recurrir á otra hipótesis para constituir un estado psíquico por la adición de hechos de conciencia distintos. Supongamos que cada uno de nuestros pensamientos tiene entre otros objetos diversos el pensamiento precedente y su objeto... ¿Y qué es una conciencia transmitida? ¿Cómo representarse los accidentes viajando sin substancia, para unirse y soldarse unos á otros, para conocerse, reflejarse y llamarse? En verdad, que no sienta muy bien á filósofos que toman tales metáforas por razones, ridiculizar las «entidades escolásticas!» (1).

(1) L. Maisonneuve: *La personnalité humaine et les théories contemporaines.*—Compte rendu du troisième congrès scientifique international des Catholiques, 1894; Scienc. phil., pág 119.

Los fenomenistas han sustituído el *yo* por la imagen del *yo*, la personalidad por la idea de persona; con lo cual les parece suficientemente explicado ese sentimiento profundo de la unidad y permanencia de nuestro sér mental; la fe tenaz, irresistible que todos tenemos en la realidad de nuestro sér personal uno é indivisible, no tiene así otro fundamento que una abstracción, una idea, ó, en frase de Taine, *una ilusión*. Vanamente se empeñan los fenomenistas en alambicar los hechos y las ideas por medio de sutilezas, que, como en el caso presente, no convencerán á nadie, ni es creible que ellos mismos logren persuadirse á sí propios; y si algo consiguen, es demostrar claramente que su teoría es incompatible con el hecho más fundamental de la vida humana. Porque, ¿á quién se hará creer, por ejemplo, que cuando se dice, «yo pienso, yo quiero, yo escribo», no es un sér real viviente y concreto el que habla, sino una idea, una abstracción? ¿En qué cabeza cabe la persuasión de que al recordar las escenas de los tiempos pasados, no es uno y mismo sujeto real y concreto el que intervino en ellas, sino la idea abstracta é imaginaria del *yo*?

La idea espontánea y necesaria del *yo*, no es, en verdad, una simple creación del espíritu, una forma vacía de la inteligencia, sino que repre-

senta una realidad concreta; á esa idea corresponde el hecho de un sentimiento real y viviente, la percepción inmediata del *yo* concreto y real, de algo permanente y uno que encontramos en los fenómenos particulares. Como dice justamente C. Piat, juegan con palabras los que afirman que la conciencia de la unidad del *yo* no es más que una abstracción, una especie de sustituto lógico de la realidad. Si tenemos la idea de nosotros mismos, se debe á que primero hemos tenido el sentimiento personal (1).

Dejamos para el siguiente artículo el examinar los supuestos *cambios ó alteraciones de la personalidad*, que tanto juego han dado estos últimos años entre los fisiologistas, los cuales han creído ver en aquellos una prueba experimental de la escisión personal, ó sea de la división del *yo* en dos sujetos personales sucesivos y aun coexistentes; pondremos allí de manifiesto, cómo los hechos alegados tienen explicación sencilla por demás y natural en la teoría substancialista.

Quede sentado por ahora, como conclusión de

(1) "La idea refleja del *yo*, escribe A. Fouillée, no es más que una manifestación distinta y contrastada de nuestra existencia, de nuestro pensamiento; el conocimiento analítico que tenemos de nuestra existencia, es derivado. El sentimiento espontáneo, al contrario; la conciencia inmediata del sér, del pensamiento, no parece de ningún modo ser una resultante lenta de las sensaciones, sino un elemento inmediato y siempre presente á cada sensación bajo una forma implícita, elemento sin el cual la sensación no sería sentida ni consciente.", *La tiberté et le déterminisme*, pág. 77.—(Véase C. Piat, *La personne humaine*, pág. 30.)

lo dicho en las páginas precedentes, que la explicación única de la conciencia, imperiosamente reclamada por los hechos, consiste en reconocer un principio real de unidad, permanente é idéntico en medio de la variabilidad, indivisible en medio de la multiplicidad, que sirva de lazo de unión á todas las percepciones é imágenes sucesivas y coexistentes; sin él las funciones más simples de nuestro espíritu son un misterio inexplicable; y el sentimiento que irresistiblemente nos fuerza á referir todos los fenómenos á un solo sujeto indisoluble, una contradicción, un absurdo.

ARTÍCULO II

EL FENOMENISMO Y LAS SUPUESTAS ALTERACIONES DE LA PERSONALIDAD

Carácter general de la ciencia contemporánea es el excesivo y tiránico predominio del análisis sobre la síntesis: el pensamiento se dedica en nuestros días más á dividir y descomponer, que á reconstruir los resultados de la descomposición. Es un signo de los tiempos de crítica y positivismo que corremos. Bajo la influencia decisiva de estos dos polos que orientan el espíritu científico y filosófico, vemos dirigirse la labor intelectual, casi toda ella, á disgregar y simplificar las ideas y á desmenuzar la realidad en sus últimos elementos, rompiendo inconsideradamente las relaciones que enlazan las unas, y el orden y la

armonía inmanentes en la otra; con lo cual, conciencia y naturaleza han quedado convertidas en un caos, donde la razón sólo halla confusión y desorden. Criticistas y empíricos han concurrido por caminos diferentes á una misma obra negativa y de destrucción, tras de la cual ha venido, como consecuencia lógica, el escepticismo refinado respecto al poder de la razón y al valor real de sus principios. Ha parecido el mejor medio de hacer luz en los misterios de la conciencia y del universo, destruirlo todo en sus bases y reducirlo á polvo, proclamando este residuo de la obra demoledora como la única realidad. «El fenómeno de conciencia y el fenómeno físico son lo único real»: han dicho el idealista crítico que analiza el pensamiento, y el empírico después que ha tratado de escamotear la realidad en sus matraces.

El análisis es necesario para comprender la naturaleza; pero ¿no lo es también la síntesis? ¿Acaso es el universo un agregado informe de elementos caóticos, y nada en él significan las leyes inmanentes que modelan estos elementos, dándoles sér, forma y vida, y ordenándolos en un plan racional y armonioso? ¿Acaso en el edificio no hay algo más que en los escombros, y las obras de la naturaleza y las creaciones del arte no tienen otra realidad, ni valen más que los últimos elementos que han entrado en su formación? Preciso es reconocerlo: el fenomenismo con todas sus consecuencias, resultado de una crítica y análisis mal dirigidos, constituye una

verdadera y deforme mutilación de la naturaleza; y, mal que pese á los eternos detractores de la metafísica, «creadora de ficciones», según les agrada repetir á cada paso, el fenomenismo, si esto fuera cierto, sería una ficción más.

En el análisis que acabamos de hacer sobre el criticismo psicológico, hemos tenido ocasión de exponer los resultados de esta crítica viciosa de la razón aplicada á la conciencia, que ha concluído por hacer tabla rasa de la substancia alma, ó relegarla á la región de lo incognoscible. No hay un sér personal, sujeto de los actos, del pensamiento, sensación, volición, etc.; sólo existen los actos, pensamientos, sensaciones y voliciones. «La categoría suprema de la ciencia y del pensamiento, es el fenómeno»: he aquí la fórmula del neo-criticismo, según Boirac. «Nosotros somos un conjunto ó una colección de percepciones que se suceden con indecible rapidez, y se hallan en un estado de flujo y movimiento perpetuos»; dice el más radical de los fenomenistas, Hume. No hay, por tanto, según esto, base alguna real que explique la unidad y permanencia tan vivamente sentidas en el fondo de toda nuestra vida psicológica; semejante sentimiento es pura ilusión, la única realidad es el fenómeno fugitivo, y á lo más que se llega es á admitir una entidad hipotética y puramente ideal, que sería una ley ó categoría del pensamiento, con la cual paréceles suficientemente explicado el aspecto indivisible y permanente de la conciencia.

Últimamente han tratado los criticistas de hacer solidaria á la ciencia experimental de su obra y conclusiones, creyendo ver la demostración práctica de su teoría fenomenista en ciertas experiencias muy en boga durante el último tercio del siglo pasado, que parecen indicar una especie de *disgregación* y *multiplicación* de la conciencia en otras varias independientes. De ser ciertas las experiencias y legítima la interpretación, el criticismo tendría ya allanado el principal baluarte de defensa con que cuenta la teoría substancialista. Así hemos visto á los escritores del *Année philosophique*, órgano del neo-criticismo francés capitaneado por Renouvier, tender la mano á la escuela psico-fisiologista, y dar por buenas las interpretaciones de ciertas experiencias hipnóticas con que los Ribot, Binet, P. Janet, etc., han tratado de reducir á pura ilusión el sentimiento de la unidad y permanencia del yo; aunque no sabemos cómo puedan conciliarse las conclusiones de estos últimos con las leyes ó categorías que el neo-criticismo coloca en la base de su sistema.

Nos proponemos traer aquí á examen, como complemento al estudio anterior sobre el criticismo psicológico, las teorías fisiologistas acerca de la persona humana, que tanto ruido movieron no hace aún mucho tiempo, basadas en la observación de ciertos casos conocidos bajo el nombre arbitrario é inexacto de *alteraciones de la personalidad*. No estará demás advertir, para conocer bien el estado de la cuestión al presente, que

la época heroica del fisiologismo ya pasó, y con ella la exaltación de los filósofos improvisados, á quienes ocurrió en sus principios que, por ignorar lo esencial de los problemas, ó conocer tan sólo alguno de sus aspectos, creyeron haber hallado en la fisiología la clave universal con que resolver los problemas del alma. La experiencia mató aquellos entusiasmos prematuros, y enseñó á estos nuevos psicólogos á ser más circunspectos en sus inducciones; muy contados serán hoy los que todavía conserven aquella fe infantil en la eficacia de la fisiología, como en una panacea infalible con que aclarar los secretos de la conciencia humana.

Á no tener en cuenta más que el sentir universal de la humanidad, y la experiencia íntima que todo el mundo posee, lo mismo el vulgo que el sabio, de su sér personal, el fenomenismo está condenado sin apelación. La vida moral y física de los pueblos y de las sociedades, del mismo modo que la del individuo, estriba toda ella en un sentimiento ó concepción de la persona humana diametralmente opuestos al fenomenismo; por eso no pudo nacer semejante engendro en épocas de dogmatismo y de espontaneidad en el pensamiento, siendo, por el contrario, un producto natural de nuestros tiempos de escepticismo y de refinamiento intelectual. La idea de persona aparece espontáneamente á la conciencia en forma de existencia indivisible, propia,

incomunicable, permanente y única; nuestra naturaleza se resiste á concebir la fusión de dos conciencias, como la división de una en varias; y esta resistencia sube de punto cuando se le propone la división de su sér en partes infinitesimales, destruyendo en su raíz la unidad íntima, que siente ser la vida y el alma de la propia existencia. Y es que esta idea no es una idea como todas las demás; es una idea indisolublemente unida á la realidad que siente inmediatamante su sér; idea, percepción y realidad son aquí una sola cosa; *yo*, en efecto, al percibir en la conciencia mis pensamientos, mis sensaciones, mis sentimientos, mis acciones, los percibo como *míos;* los siento salir y producirse unidos necesariamente algo único en todos ellos, y siento que este sér único, de donde éstos salen, los compenetra y funde á todos en un todo indivisible, de tal manera, que la experiencia no halla modo de concebir un pensamiento, una sensación, ni acto psíquico de ningún género independientes de esa ley única y permanente que los envuelve á todos.

Y precisamente el fenomenismo es la negación absoluta de esta realidad, que la conciencia siente ser la base y el fondo último de la propia existencia, viniendo á convertir en ilusión este sentir en que confiada y tranquilamente duerme la humanidad. Ese principio común de acción, esa fuerza que incesantemente sentimos producir y realizar los actos todos de nuestra propia vida, es, dice, una ilusión, como lo es que los fe-

nómenos no puedan existir y no existan de hecho independientes de toda causa que los produzca, aquí la conciencia nos engaña como en el caso anterior. También es una ilusión de óptica intelectual que el sujeto uno y permanente sea causa de la multiplicidad de acciones: los fenómenos son la verdadera causa de la unidad y permanencia ilusorias; el sujeto no es la causa, es la resultante. De ser cierta la tesis fenomenista, nada tendría de particular, antes bien sería lo normal y corriente que cada hombre sintiera dentro de sí desenvolverse una multitud de conciencias independientes y de sujetos realmente distintos, tantos, por lo menos, como grupos de fenómenos asociados; si ya no es que cada fenómeno debiera constituir una realidad independiente é impenetrable á los demás. *¡Risum teneatis!*... deberíamos exclamar aquí en presencia de esta danza macabra de entidades fenoménicas, que sin finalidad ninguna aparecen y desaparecen como por arte de encantamiento, constituyendo la realidad única del espíritu humano. ¡Y estos alquimistas de la conciencia, que se han figurado poder dividir hasta lo infinito el espíritu, para encontrar al término de la división la verdadera realidad, el átomo anímico, ni más ni menos que si se tratara de desmenuzar un pedrusco y descomponerle en sus simples químicos, estos son los que achacan á la ciencia metafísica y á la filosofía tradicional, que son una y otra la mejor expresión del buen sentido, el haber vivido de entidades ficticias!

Si la experiencia ha de prestar en toda inducción científica su base á la teoría, ¿por qué extraña contradicción los fenomenistas, no obstante sus alardes de empirismo, han de invertir en este caso el procedimiento, tratando de desvirtuar la realidad ó acudir al recurso anticientífico de suponer ilusorios los datos de la conciencia, porque no se prestan á encajar en los moldes preconcebidos de la teoría? En esta cuestión, la experiencia de toda la humanidad y la conciencia íntima é invencible de todos sus individuos nos hablan con claridad y evidencia sumas. Hágase la prueba de sugerir á la conciencia espontánea de un hombre no habituado á la reflexión psicológica, é ignorante, como lo está la casi totalidad de los hombres, de que semejantes problemas puedan ni siquiera proponerse; trátese, digo, de persuadir á cualquier hombre del vulgo, que él no es realmente una persona, sino un conjunto de seres que van y vienen dentro de lo que llama su sér; que para formar lo que cree único é idéntico sér, han venido sucediéndose una serie indefinida de personas, tan distintas entre sí como pueda serlo él respecto de los demás hombres; hablémosle más claro todavía, concretando en él mismo la tesis fenomenista, y digámosle que no es él quien en la infancia recibía las caricias de sus padres, ni aquél de quien conserva en la memoria todas las escenas de la juventud y de épocas posteriores; aquellos seres, que cree son su misma persona, no tienen más relaciones con él, que la que pue-

dan tener en una generación los ascendientes respecto de los descendientes, los abuelos respecto de sus hijos, éstos respecto de sus nietos; que, en fin, es hoy otro hombre distinto del que fué ayer y del que será mañana, y, como consecuencia, no tiene que responder de las acciones que ya pasaron, porque no son suyas, como un hombre no es responsable de los actos de otro..., y este individuo se quedará asombrado y estupefacto, sin llegar á comprender el sentido de cuanto se le dice; tan vivamente siente en su interior la unidad, la permanencia é identidad de su sér, la causalidad y responsabilidad de sus propias acciones le parecen una cosa tan clara y evidente, que lo menos que pensará para sus adentros al oir tal lenguaje, si es que ya no lo expresa en su semblante de ironía y compasión, es, que quien tales cosas le habla no tiene bien gobernada la cabeza. ¿Y qué digo á un hombre del vulgo? Propóngase la misma cuestión práctica y concreta á cualquiera otro, habituado á pensar y analizar los problemas de la naturaleza y de la conciencia, aun á los mismos convencidos de su teoría fenomenista cuando piensan dentro de la vida real, ateniéndose á la experiencia pura, no deformada por el trabajo de la inteligencia bajo la presión de una idea preconcebida; y, si éstos quieren ser sinceros, contestarán como el hombre vulgar, como piensan y hablan en la vida ordinaria todos los demás hombres; que por fija é intensa que sea una idea, nunca, excepto en los casos de desequilibrio mental,